

**CONVERSACIONES
EN LA
COMISARÍA**



**CUENTOS FANTÁSTICOS
Y OTROS NO TANTO**

Elisa era una mujer sencilla, corriente, aunque no me atrevería a definirla como vulgar. A primera vista, nada en su forma de vestir, de peinarse o de hablar, llamaba la atención. Podía pasar desapercibida en medio de una multitud si ella se lo proponía y no daba rienda suelta a esa parte oculta que todos llevamos dentro. Pero cuando sentía la necesidad de atraer a la gente para que le hicieran caso era como un verdadero imán personificado. A veces su mismo poder la intimidaba. Le daba pereza continuar el papel que acababa de representar e intentaba volver a esconderse en su concha para protegerse del interés que había despertado a su alrededor. Pero cuando se sentía verdaderamente asfixiada por el cariño que las personas le demostraban, tenía que hacer juegos malabares para regresar a la soledad solo acompañada por su propio silencio.

En realidad Elisa no siempre había sido así. Durante toda su vida y hasta que alcanzó la avanzada edad en la que tuve el placer de conocerla, no tuvo necesidad de convivir cada día con sus dos personalidades. Elisa era Elisa. Todo fuego, pasión, ingenuidad y total sinceridad con todas las personas que se cruzaban en su vida. Más a lo largo de su existencia se fue dando cuenta de que, a veces, muchas veces, la mentira era necesaria. Una cierta hipocresía ayudaba a salir de situaciones difíciles y le abría muchas puertas. También aprendió con dolor, que el amor hacia los demás no siempre se puede mantener. Que existe la envidia y la maldad y que no se puede pasear por el mundo con el ‘corazón en bandolera’ (como suele decirme una amiga muy sabia en estas cuestiones tan complicadas del cariño humano). Pero en esta breve historia solo puedo centrarme en el día en el que conocí a Elisa.

Era un día precioso de la primavera de Madrid y decidí hacer ciertas gestiones, no recuer-

do el motivo, pero necesitaba mi carné de identidad. Revolví mi mochila. Lo busqué en el apartado secreto. Pero el dichoso carné no aparecía. En el primer momento no perdí el control, ‘calma’, me dije, ‘estará en el otro bolso, en el que utilicé cuando me fui al museo’. Pero tampoco estaba allí. Miré en todos los bolsos, los bolsillos de abrigos y chaquetones y en todos los lugares absurdos que se me ocurrió y en los cuales jamás podría encontrarlo. Empecé a perder la paciencia y a sentir el calor de la furia recorrer mi cuerpo. Al final tuve que reconocer que me lo habían robado; alguien había metido sus hábiles manazas en el santuario de mi bolso y se había apoderado de la tarjeta que demostraba quien era yo. Porque, no nos engañemos, en este mundo al que tan ostentosamente hemos dado en llamar ‘civilizado’ el ser humano no es nadie sin cualquiera de los papeles que nos identifiquen. Mirándolo fríamente resulta aterrador.

Pues bien, después de hablarlo muy seriamente con mi marido, llegamos a la conclusión de que el primer paso que debía dar era ir a la

comisaría de mi distrito para denunciar el robo. Así que, ni corta ni perezosa, la mañana siguiente decidí pasarla tranquilamente en la Comisaría. Me llevaría mis gafas de ver y mi libro electrónico, porque si el mundo quería nuevas tecnologías yo no iba a quedarme atrás.

Mientras me dirigía al lugar, albergaba en mi mente una dulce esperanza. Tendrían que hacerme un carné nuevo y aprovecharía la ocasión para cambiar mi foto. ¡Dios mío!, en la fotografía de mi antiguo DNI parecía una anciana facinerosa. Así que me acicalé convenientemente para no repetir el error.

Llegué al edificio en cuestión, y en el chiscón de la entrada un joven policía tomó mis datos personales y me pidió que le hiciese un brevísimo resumen de los hechos.

— No hace falta que lo explique con tanto detalle, me dijo, eso ya se lo dirá al compañero que le haga el atestado.

Me quité la mochila y le pregunté si tenía que pasarla por la máquina, y otro policía joven

que estaba en la puerta me dijo que no, que no tenían máquina. En lugar de callarme, le dije que me parecía muy peligroso y, a pesar de su sonrisa, le abrí mi mochila y le enseñe su indescriptible contenido. El joven volvió a sonreír y me acompañó al interior del edificio. Recorrimos un largo pasillo que desembocaba en una sala feísima que tendría unos doce metros cuadrados y estaba mal pintada en un deslavazado color crema. Alrededor de las paredes había unas sillas de hierro y plástico, y la pared situada frente a la puerta de entrada era un gran ventanal por el que se filtraba la luz mortecina del reflejo del sol en la casa de enfrente. Los barrotes verticales de hierro que cruzaban la ventana y la falta de transparencia de los cristales, disimulaban el brillo del sol madrileño que lucía en el exterior. El joven policía me dijo que esperase hasta que me llamaran para declarar. Antes de elegir uno de los asientos libres, saludé tímidamente con un ‘buenos días’ y solo recibí un par de leves respuestas. Después, me calé mis gafas de cerca y abrí mi flamante libro electrónico con su escandalosa cubierta color fresa que había

comprado, por un precio muy asequible en la tienda de chinos de mi barrio. Había decidido que nada perturbaría la tranquilidad de mi lectura ya que, según me informaron, tenía para rato. Así que me armé de paciencia y comencé a leer. De vez en cuando, levantaba la cabeza para observar a mis compañeros de espera y de fatigas. Gente normal, como yo: un señor de unos sesenta años a mi derecha que leía unos informes escritos a máquina (ordenador); una pareja de mediana edad que de vez en cuando se comunicaban en voz baja, mientras él trajinaba en su móvil y ella leía una ‘revista del corazón’. Un par de sillas vacías y luego una señora más o menos de mi edad pero que por su forma de vestir y de peinarse parecía más de mi edad que yo (o eso quería creer yo). Y, justo enfrente de mí, una joven muy de su tiempo que no paraba de hablar por su móvil pero en un tono de voz verdaderamente bajo, lo cual era muy de agradecer. “No parece que haya demasiada gente”, pensé, “con un poco de suerte saldré antes de la hora de comer”.

Durante más de media hora me concentré en la lectura. Al rato, entraron en la sala un par de personas más que ni siquiera saludaron y yo no me molesté en alzar la mirada de mi libro, cuyas páginas se deslizaban ante a mí con un suave movimiento del dedo índice. Un par de veces, desde la puerta de la habitación, una voz sin rostro llamó a alguien, y como no era mi nombre no presté atención. Pero la tercera vez que una persona fue requerida para pasar a hacer su declaración levanté la cabeza para echarle una ojeada a mis compañeros de comisaría y, muy sorprendida, me di cuenta de que permanecíamos sentados los mismos que había cuando llegué. ¿Qué estaba pasando, sólo habían llamado a las últimas personas que acababan de llegar? De golpe olvidé el placer de mi lectura, solté mis gafas de leer hasta dejarlas colgando sobre mi pecho y me dirigí al pasillo para ver si encontraba a alguien que pudiera aclararme un hecho tan injusto. Pasé por delante de tres o cuatro puertas cerradas en las que no había ningún letrero que indicara qué o quién había tras ellas. Recordando el respeto y el miedo que

en mi infancia me hubiera producido estar en una ‘Comisaría de Policía’, volví a dirigirme al joven oficial del chiscón de la entrada.

— Perdone agente, le dije con todo respeto ¿Podría decirme por qué llevamos esperando casi una hora y sólo han llamado a personas que han llegado después de nosotros?

— Por supuesto señora, esas personas tenían ‘cita previa’. Es decir que piden una cita por teléfono o por correo electrónico y nosotros les damos día y hora. Usted también lo puede hacer si lo desea.

— ¡Vaya por Dios! le contesté algo airada, si hoy no termino antes de la hora de comer lo intentaré de ese modo. Muchas gracias.

Y regresé a mi incómoda sillita, alicaída y ha-biendo perdido el interés por el relato electrónico. Durante unos minutos, permanecí sentada con las manos cruzadas sobre el regazo y las gafas de cerca adornando mi escote como si

fuera un obispo con su cruz. Fue entonces cuando apareció ‘ella’ en la escena. Entró en la sala con la energía de una juventud que ya no le correspondería a una persona de su edad y soltó un contundente:

— ¡Buenos días a todos!, ¿supongo que es aquí donde me ha indicado el chaval que tengo que esperar a que me llamen, verdad?

Fue como un vendaval que nos despertó de un aburrido letargo. Y, sorprendentemente, todos al unísono respondimos:

— ¡Buenos días señora! Incluso el señor que estaba a mi lado se atrevió a añadir:

— Es aquí, si usted quiere denunciar algo.

— ¡Claro que quiero denunciar algo! Sencillamente que mi vecina de arriba ha inundado mi casa, y como soy una pobre viuda se niega a arreglarme todos los desperfectos ¿Le parece poca denuncia?

— Me parece motivo suficiente, señora, pero quizás yo pueda ayudarla, soy arquitecto y entiendo de esas cosas.

— ¿De veras?, respondió Elisa con una luz esperanzadora en su mirada. Pues se lo agradecería eternamente. Desde que se murió mi pobre marido no puede ni imaginarse lo perdida que me encuentro cada vez que me enfrento ante un problema. Todo esto me abruma.

— Vamos a ver, mi querida señora...

— Elisa Martínez, es mi nombre y ¿cómo se llama usted?

— Manolo Rodríguez, bien castizo también, aquí tiene mi tarjeta.

Manolo se levantó de su asiento para ofrecerle su tarjeta a Elisa mientras se presentaba formalmente, y el resto de los ‘denunciadores’ abandonamos nuestros objetos de distracción y nos dedicamos con entusiasmo a disfrutar de la representación.

— Siéntese a mi lado, por favor, así podremos hablar con más tranquilidad.

La silla que le ofreció Manolo a nuestro personaje era la que estaba entre la de él y la mía, así que en mi interior sentí el ingenuo placer de la curiosidad, si su conversación era interesante me ayudaría a superar el cabreo y la frustración que sentía por la pérdida de mi valioso tiempo.

— Veamos Elisa, si me permite que la llame por su nombre...

— ¡No faltaría más, y yo lo llamaré Manolo, como debe ser! Por cierto, añadió Elisa con una leve nostalgia, mi marido se llamaba Pepe, ¿sabe?, le hubiera encantado conocerlo. Pero, diga, diga, ¿qué me quería preguntar?

— Quería preguntarle si tiene usted un seguro de la casa.

— ¡Claro que sí! Pero los del Seguro me han dicho que primero tengo que poner una denuncia.

En aquel momento entraron por la puerta dos chavalitas dando voces e increpándose la una a la otra. La reducida audiencia dirigió su mirada a las nuevas actrices, y todos nos sorprendimos al darnos cuenta de que ninguna de las dos parecía estar enfadada. Simplemente estaban utilizando su lenguaje habitual. Por supuesto la nueva aparición en nuestro pequeño escenario fue tan excepcional que durante unos minutos, el asunto Elisa-Manolo perdió algo de interés, incluso los protagonistas guardaron silencio ante la entrada de las dos nuevas actrices.

— ¡Hola a todos, dijo la más atractiva de las jóvenes yo soy Mariana y ésta es mi hermana y se llama Juliana, yo soy la mayor porque, aunque no lo parezca, le llevo once meses.

— Mucho gusto, niñas, dijo Elisa sorprendiendo a la sala. Yo me llamo Elisa y este señor se llama Manolo, todos los demás como son mayorcitos pueden presentarse si así lo desean.

Ante tan generosa invitación todos dimos nuestros nombres de pila, después de todo no era ningún secreto porque el policía de turno nos tendría que llamar tarde o temprano utilizando nuestro nombre completo, (lo de temprano es un eufemismo).

— Es mucho mejor así, porque nosotras que tenemos experiencia en esto de las comisarías, sabemos de sobra que si se crea un buen ambiente el tiempo se pasa volando.

— ¡Es verdad!, susurró la mujer cuyo acompañante había abandonado el móvil mostrando un nuevo y vivo interés por las piernas de la hermosa Mariana. Porque, lo que se me ha olvidado describir es el aspecto de nuestras nuevas protagonistas. Las muchachas eran muy boni-

tas y muy jovencitas, Mariana tenía 20 años y Juliana 20 años menos 11 meses como ya nos habían especificado con anterioridad. Las caritas de las dos hermanas eran preciosas, ambas estaban adornadas por enormes ojos, narices respingonas y altaneras, y labios carnosos y provocativos. Mariana, además del rostro tenía una figura perfecta, aunque no se regía por los cánones de la moda vigente ya que sus curvas no hubieran superado el examen de un modisto al uso. Además se veía que era una joven llena de vitalidad y muy ‘calurosa’, porque, aunque la salita de espera era bastante cutre, el aparato de aire acondicionado funcionaba a toda potencia, y la joven iba ataviada con una blusita transparente de generoso escote y unos minishorts. Juliana, por el contrario, hubiera podido ofrecerse como modelo para que Botero creara una bella escultura. Iba forrada de cuello a tobillos con una camiseta y unas mallas de punto negras. Solo se le veían los piecitos con las uñas pintadas de un color azul eléctrico. Las uñas de sus manos lucían el mismo color aunque estaban terriblemente mordisqueadas, y un

rostro aureolado por una enorme melena, cuyos cabellos castaños y suavemente ondulados, alcanzaba su cintura, o el lugar donde se supone que debería tener la cintura. Por desgracia nunca llegamos a descubrir si las redondeces de Juliana eran naturales o si se debían a un embarazo medio camuflado.

Las hermanas, en lugar de sentarse juntas lo hicieron una enfrente de la otra. Es decir, Mariana se sentó en una de las sillas de la pared que estaba frente a la nuestra, y Juliana se sentó al lado de Manolo, de tal manera que para mantener su conversación tenían que hablar en voz alta y monopolizar el protagonismo del grupo. Elisa, al darse cuenta de que iba a ser imposible continuar escuchando los consejos de su amable compañero, se apresuró a interpelar a Mariana que parecía llevar la voz cantante, y dirigiéndose a ella le dijo con algo de sorna:

— Oye guapa, me parece muy bien que hayáis decidido alegrar un poco nuestra espera, pero a ver si nos contáis algo divertido en lugar

de discutir con tu hermana cuál de las dos es la mayor, ¿no creen ustedes?”, añadió dirigiendo una mirada picarona a la galería.

— ¡Eso!, respondió con voz seca la señora mayor de la falda y la blusa que todavía no había confesado ni siquiera su nombre.

— ¡Mujer!, nosotras hemos roto el hielo pero todos deberíamos participar en el juego, me parece a mí

— De acuerdo. Respondió Elisa.

— Si quieres comienzo yo contándote la razón por la que estoy aquí. Es muy sencilla: una terrible inundación y una vecina que, entre nosotros, es una sinvergüenza y se niega a pagarme los desperfectos.

— ¿Por qué motivo estáis vosotras?

En ese momento intervino Juliana dirigiéndose a su hermana con una voz chillona.

— Mariana, déjate de tonterías, antes de entrar ya te advertí de que quería ir al servicio y

no me has hecho caso, al final daremos la nota como siempre. ¡Eres una mandona!”.

Elisa, ante el apremio de la muchacha recordó de repente que a ella tampoco le vendría mal hacer una visita al ‘excusado’ y dirigiéndose a Juliana le dijo:

— Vamos niña, te acompañaré y de camino me alivio yo.

Mariana, al escuchar el amable ofrecimiento de Elisa, parece que se creció ligeramente, cruzó sus largas piernas para sentarse como una india comanche posición harto difícil encima de la pequeña sillita y les contestó con suficiencia:

— Inténtalo mujer, verás cómo no te deja el poli.

Elisa, muy contrariada por la altanería de Mariana, se levantó con buen aire, tomó su bolso y le dijo a Juliana:

— ¡Vamos niña, acompáñame!

Cuando las dos salieron por la puerta, Manolo, muy delicadamente, le dijo a Mariana:

— No creo que debas contestarle de esa forma a una señora mayor que sólo se ha ofrecido para ayudarle a tu hermana.

— Puede que lleve razón, pero es que ya estoy cansada de las tonterías de mi hermana, después de todo la que debería estar aquí es mi madre y no yo, ya verá como no la dejan ir con esa señora.

Apenas había terminado la frase cuando Elisa y Juliana aparecieron por la puerta acompañadas por un policía. Elisa tenía el rostro congestionado por el rubor y la indignación y

Juliana sonreía con descaro mirando a su hermana.

— ¡Lo ve!, exclamó Mariana dirigiéndose a Manolo , ya se lo había dicho, siempre la misma historia.

El joven policía, quizás algo tímido e inexperto, se iba a dirigir a Mariana pero ésta ya se había puesto en pie con la agilidad de un gato, y antes de que el muchacho pronunciara una sola palabra le dijo:

— ¡Ya la acompaño yo, señor guardia!

Cuando los tres desaparecieron por el pasillo un silencio casi sólido se apoderó de la pequeña sala. Manolo no sabía cómo dirigirse de nuevo a su protegida. El hombre del móvil comenzó a teclear con frenesí sobre las diminutas letras. Su pareja dio un profundo suspiro y pasó la página de la revista que todavía permanecía

apoyada sobre sus rodillas. La señora mayor de la falda y la blusa miró el reloj con desconsuelo y se arregló el collar de gruesas perlas que adornaban su cuello; y Elisa, que estaba sentada a mi lado, se dirigió a mí por primera vez y me dijo en voz alta para que nuestro grupito de espectadores pudiera escucharlo:

— ¡Ay, señora, estas niñas tienen verdaderos problemas! ¿Querría usted acompañarme al bar de la esquina y la invito a un café?, es que verdaderamente necesito ir al servicio y en esta comisaría no funciona.

— Claro que sí, la acompañaré encantada, a mí también me vendrá muy bien salir un ratito y tomar el aire, le contesté agradecida por ambas cosas: el cafecito y la visita los servicios.

Las dos, recogimos todas nuestras pertenencias y nos despedimos con un 'hasta luego'. Elisa, dirigiéndose a Manolo, le dijo sonriendo:

— Manolo, si cuando regrese ya ha entrado a hacer su declaración, no se preocupe porque

como tengo su tarjeta y su dirección ya me pondré en contacto con usted. Aunque a veces parezco tonta me he dado cuenta de que su ofrecimiento para ayudarme era sincero ya que usted sí que es un caballero...

Cuando salimos a la calle madrileña, ambas respiramos con avaricia el aire primaveral y contaminado de la ciudad. En apenas cinco minutos ya habíamos encontrado una cafetería para satisfacer nuestros deseos y necesidades. Mientras nos tomábamos el café que decidimos acompañar con un par de churros, que ya habían perdido su textura crujiente, miré a Elisa directamente a los ojos y le dije:

— Elisa, quisiera hacerte una pregunta aunque no estás obligada a responderme si no lo deseas, pero mi curiosidad es más fuerte que mi cortesía.

— ¡Naturalmente! Me contestó sin vacilar. Después de todo lo que hemos pasado juntas durante estas tres horitas y aunque en lugar de

sopa estemos tomando café, puedes hacerme la pregunta que quieras y no dudes de que si puedo responderte, lo haré.

— ¡Estupendo! Le dije muy emocionada. ¿Qué pasó en realidad cuando llevaste a Juliana al servicio?, porque la respuesta de su hermana cuando regresasteis fue tan extraña que no termino de comprender el motivo.

— ¡Ah!, ¿era eso?, claro que puedo responderte, después de todo seguro que Mariana ya les ha desvelado el enigma al resto de nuestro compañeros de espera. Verás, al salir de la sala fui a preguntarle al policía dónde estaba el servicio y el agente nos respondió que los servicios estaban en reparación y no se podían utilizar, pero en ese momento se dio cuenta de que me acompañaba Juliana y le dijo que ella sí que podía utilizarlo pero que la tenía que acompañar su hermana Mariana, y que él debería esperarla en la puerta. A lo que añadió: “Ya sabe señorita que usted está en ‘libertad condicional’ bajo la custodia de su hermana mayor. En cuanto a usted señora, lo siento mucho, pero durante unos

días no se puede utilizar el baño, le aconsejo que vaya a la cafetería de la esquina porque tenemos una especie de pacto y si les dice que la envían de la Comisaría, ni siquiera tendrá que hacer una consumición”.

Seguramente se me había quedado tal cara de asombro que Elisa, sonriendo, me dijo:

— ¡Exacto! esa misma carita de lela pasmada se me quedó a mí sin ofender, claro lo que quiero decir es que todo era tan surrealista y tan indignante que por unos instantes me quedé muda. ¿Cómo es posible que en una comisaría donde se supone que vamos personas normales —quiero decir que no somos los malos a denunciar algo que nos ha sucedido estemos mezclados con alguien que está ‘en libertad condicional’? ¿Cómo puede ser que la custodia la ejerza una hermana casi de la misma edad que la que se supone que ha cometido el delito? No es que las niñas me dieran ningún miedo, pero tienes que reconocer que parecían algo piradillas las pobres. Mira María, yo no soy una mu-

jer muy culta pero algo he leído y, sobre todo, he visto con mi marido muchas películas y series de policías y ladrones, eran las preferidas de mi querido Pepe, y te aseguro que jamás he visto nada parecido. En fin, eso fue todo...

Elisa, sin perder la sonrisa de sus ojos burlones se llevó a la boca un pedazo de churro correoso que antes había remojado en el café, y con los mofletes todavía hinchados por el bocado, me dijo:

— ¿Cómo se te ha quedado el cuerpo, majaja?

Mis ojos no se habían desviado del expresivo rostro de Elisa, y los músculos de mi cara todavía estaban tensos por la extravagante historia que acaba de oír, entonces alargué el brazo, cogí el último churro del platito lo levanté en el aire en forma de brindis y le dije a la simpática señora:

— ¡A tu salud, y que Dios nos ampare!

Cuando nos despedimos con un par de besos nos intercambiamos nuestros números de teléfono con la esperanza de volver a vernos para charlar un rato de nuestras experiencias. Antes de alcanzar la esquina de la calle me giré y le grité a Elisa que iba en dirección opuesta:

— ¡Elisa, espero que tu vecina o el seguro te paguen, y que Manolo te sea de gran ayuda. Mucha suerte!

Pasaron unos meses, entre ellos el verano que suele ser amigo de relaciones fugaces aunque hayan sido intensas. Era por la mañana temprano y el teléfono sonó con insistencia, al descolgarlo una voz que me resultaba familiar pero a la cual no le ponía rostro me dijo:

— Hola María, ¿a que no sabes quién soy?”, y sus últimas palabras me trajeron su imagen.

— ¡Elisa!, respondí, ¡mi amiga la inundada! Ella soltó su alegre carcajada y continuó con una larga perorata.

— De inundada nada, tengo la casa preciosa y toda recién pintada y además un nuevo amigo al que esta noche he invitado a cenar. Le haré una comidita especial de las que le gustaban tanto a mi Pepe, lo acompañará su esposa ¿quieres venir tú también?

— No sabes cuánto me alegro, pero hoy me es imposible, sin embargo podemos merendar el día que tú quieras en el bar de la Comisaría.

— ¡Hecho!, celebraremos los seis meses el próximo lunes a las dos de la tarde. Esta vez invito yo y así nos volveremos a ver porque me deberás una. Un beso muy fuerte y hasta el lunes, guapa...

Playa de Valencia, agosto de 2014